

SACHERI

EDUARDO

Último hombre
Mito y realidad del 2 a 0
Oración con proyecto de paraíso

“Último hombre”
en *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*, 2003.
© 2003. Editorial Galerna.

“Mito y realidad del 2 a 0”
en *Lo raro empezó después*, Editorial Galerna, 2003.
© Galerna S.R.L.

“Oración con proyecto de paraíso”
en *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*, 2000.
© Galerna S.R.L.

Diseño de tapa y colección: Plan Lectura 2009
Colección: “Escritores en escuelas”



Ministerio de Educación
Secretaría de Educación
Plan Lectura 2009
Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires
Tel: (011) 4129-1075/1127
planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2009



ÚLTIMO HOMBRE

EDUARDO SACHERI

López había cumplido siempre. Había ganado y perdido, cosa por cierto evidente. Pero jamás había abandonado su puesto. Jamás había sacado el cuerpo por cobardía. Jamás había temido hacer un sacrificio. Era un back enérgico y silencioso, lector de buenos libros. No le molestaba jugar de último hombre. Ni que la pelota estuviese, en sus pies, eternamente de paso. Hacía el quite, buscaba con la mirada a los vociferantes mediocampistas, y se la sacaba de encima con algo de premura y una cierta mácula de torpeza. No se sentía menos por ello. Sabía que, sin su presencia allí, en el fondo, el equipo podía venirse en picada, por más que los delanteros se florearán con toques y gambetas. ¿No había sido una catástrofe, acaso, aquella segunda rueda el otro año, cuando él había estado parado por la operación de meniscos? Al técnico casi lo internan del disgusto: los contrarios se hicieron festines memorables. La defensa, sin él, era un colador endemoniado, un puente cándido por el que podía pasar hasta una anciana en muletas y llegar cara a cara con el arquero. De modo que, aunque a veces le produjera cierto hastío el desdén de los volantes, la cómoda pereza de los delanteros, la pegajosa y algo inútil admiración de los laterales, López era un hombre de paz.

La noche definitiva era una de esas noches en las que llueven lluvias mansas, parsimoniosas, leves y frías. Irían, cuanto mucho, veinte minutos del segundo tiempo. Cero a cero, trabado en el medio, cosa natural en dos equipos jugados al empate en el afán de sacarle el cuello a la guillotina del descenso. López hacía lo suyo. Trababa. Ordenaba. Sometía al árbitro al consabido rosario de jeringueos y reproches.

La hecatombe no se anunció a través de señales contundentes. Simplemente se inició cuando López salió a cortar una pelota dividida con el siete contrario, un jovencito rápido y atrevido, que

siempre amagaba por adentro y salía por afuera. López no se inquietó, aunque su rival llegó a bajar la pelota un segundo antes de que él cortara. Lo dejó en cambio detenerse en seco, hamacarse, sobrarlo. Y cuando el otro por fin disparó por afuera, López se lanzó a la pileta húmeda del lateral con la certeza de que sus 95 kilos serían suficientes para trabar el balón y proyectar al jovencito hacia los carteles del costado.

Cuando se incorporó, la pelota descansaba junto a su botín izquierdo. El otro yacía, aturdido, en un charco cercano al banderín del córner. Había cumplido según el manual del perfecto zaguero, y algunos aplausos regados desde la grada semidesierta le entibiaron el alma. Faltaba únicamente buscar con la mirada al tres o a algún volante, para que abrieran el juego. Pero entonces pasó lo que nunca había pasado antes. López bajó de nuevo los ojos. Vio sus pies embarrados, su rodilla raspada, sus medias bajas, y la pelota brillante, reluciente. Los gritos desde el medio le llegaron de inmediato, pero López decidió que debía esperar a que algo terminase de tomar forma dentro suyo. Tal vez el nueve contrario advirtió sus vacilaciones, porque se le vino al humo con la lengua afuera para atorarlo en su torpeza. López llegó a oír que el técnico le gritaba que la colgara, que la colgara, pero en lugar de obedecer no pudo evitar bajar de nuevo la cabeza y volver a verla, como nunca hasta entonces, hasta enamorarse de ella hasta el último rincón de su alma. Entrecerró los ojos. Inspiró profundamente. Oyó con una nitidez absoluta el galope tendido del delantero, notó su respiración agitada, le vio la codicia ególatra que siempre llevan en el rostro los delanteros.

Nunca supe lo que López sintió en ese momento. Yo supongo que fue una súbita intuición de la negritud insoslayable de la muerte. De hecho, cuando el contrario se le tiró a los pies, López hamacó sus 95 kilos, balanceó su cadera inexperta, y dejó que el botín acariciara levísimamente la pelota. A los treinta y tres años Juan López acababa de tirar un caño en el borde del área. El técnico escupió el pucho y le gritó que la largase. López lo contempló sin prisa y sin cariño. Cuando adelantó el balón y se lanzó tras el trote, lo había olvidado para siempre. Llegó hasta el mediocampo sin que



le salieran al cruce. El único estorbo eran los gritos de los suyos, que sin comprender el milagro se la pedían como si tal cosa, como si él no fuese capaz de avanzar con la cabeza en alto, con el gesto sereno, con una libertad indómita que le nacía en el vientre y lo invitaba a seguir yendo.

El técnico, fuera de sus cabales, lo insultaba en escalas polícro-mas y lo conminaba a largarla y a volverse. El iluso no sabía que López corría irrevocable a su destino, o al menos a uno de todos los destinos que habitan la vida de un hombre. Cuando al fin le salió el volante central, López le amagó por dentro y se le escabulló por el callejón del diez. Pero en su apuro inexperto la tiró larga, de modo que el ocho de ellos se le vino al humo, seguro de llegar primero. Para entonces el técnico acababa de cruzar el umbral del desconsuelo. López había pasado a dos contrarios, pero había metido tal desbarajuste en los relevos que nadie sabía dónde cuernos pararse. No estaban listos para eso. López nunca había subido. Retacón como era, no servía para ir a buscar los centros. De modo que el otro central trataba de acomodar a los dos laterales, en la seguridad de que el contraataque era inminente y los iba a agarrar papando moscas; mientras los volantes chillaban pidiendo una pelota ya definitivamente perdida.

Pese a todo, y cuando el marcador se lanzaba, adelantó la diestra con la presteza de un delantero consumado y empujó con lo justo el balón un metro escaso. Sintió el dolor inconfundible de un tobillo aplastado bajo los taponés del rival, pero ni siquiera sopesó la posibilidad de detenerse. Ahora corría cerca de la raya, y de vez en cuando la alejaba de la línea con sutiles toques de una zurda que hasta entonces le había servido sólo para apretar el embrague. Eufórico, seguro de sí, estiró el brazo derecho, señalando la extensa pampa abierta a las espaldas del marcador de punta. “Carucha” Pontón, el win izquierdo, le entendió la seña y salió disparado. López, sin mirarlo, le puso una pelota inaudita con la cara externa del pie derecho, para que la bola pasase por fuera del marcador e hiciese la comba volviendo hacia la cancha, justo a tiempo para que Carucha la cazara al vuelo, y picara hasta el fondo bien habilitado.

Por primera vez en su vida, López encorvó el cuerpo y se lanzó en velocidad hacia el área. Uno de los centrales le hizo el honor de pretender sacarlo con el cuerpo. Pero López no era uno de esos contrahechos que suelen jugar de nueve para no transpirar ni despeinarse. Se lo sacó de encima con un par de forcejeos del brazo izquierdo. Mientras seguía lanzado en su carrera entendió que había elegido bien a quien lanzar el pelotazo: Carucha, Dios lo bendiga, estaba llegando al banderín y sacudiendo la cabeza buscándolo a él, a López, al seis, al último hombre de toda la vida, para que la mandara a guardar de una buena vez por todas. No buscaba a esos amargos pseudoinfalibles de corazón tibio que se consideran elegidos para el terso destino de la delantera. No, nada de eso. Lo buscaba a él, a López, al burro de carga, al percherón del lechero, para que tentara el destino de convertir un gol hazaña.

Deslumbrado, como un recién nacido, López cruzó como una exhalación la medialuna del área. Dio dos pasos y se elevó en el aire. Sintió las gotas de lluvia en el rostro. Sintió la luz de los flashes. Sintió la bocina de un tren que pasaba por detrás de la popular visitante. Y sintió la caricia abrupta del balón impactándole en la frente, abandonándolo rumbo al arco, dejándole una mancha de barro sobre la ceja, cerrándole para siempre la puerta al miedo y al olvido.

Termino mi relato aquí, temiendo que algún lector futbolero se sienta defraudado al desconocer el destino final del cabezazo. No voy a rematar la historia apuntando si el balón se colgó de un ángulo, o si salió ocho metros por encima del travesaño. Si me exployo en esa materia estaré distrayendo la atención hacia un detalle intrascendente. Lo inolvidable, lo sagrado para mí, que estuve presente en la noche final en que López decidió cortar la soga, es su imagen al volver desde el área contraria. Sereno. Feliz. Altivo. La camiseta fuera del pantalón. Las medias bajas. El barro en las pantorrillas. Y una mirada absorta, emocionada, enternecida en la intuición de su libertad recién alumbrada. Una mirada sin destino fijo, apoyada en todo caso en un punto cualquiera del horizonte; de esas que los hombres sólo usan para mirarse a sí mismos.



MITO Y REALIDAD DEL 2 A 0



Una de esas frases hechas de las que el fútbol está lleno es esa que dice que el dos a cero es un mal resultado. Según los que así razonan es malo porque si el equipo contrario anota un gol, los nervios harán estragos en el ánimo de los jugadores que van ganando. Y muy probablemente terminen empatando, o aun perdiendo ese partido. En ese caso, y según una lógica algo estafalaria pero al parecer generalizada entre quienes cultivan este deporte, el oprobio de la derrota será peor que si hubiesen perdido dos a cero o dos a uno; como si fuese de cobardes, de poco hombres, sufrir una derrota luego de haber obtenido semejante ventaja.

A mí no me resulta una línea argumental del todo convincente. Siguiendo ese razonamiento: ¿es preferible tener un solo gol de ventaja, para que al primer descuido te empaten el partido? ¿No estarán más desesperados los rivales si son dos goles los que los separan de la igualdad? Insisto: el asunto no termina de cerrarme. Yo tengo otra visión del dos a cero. Visto de otro modo, el dos a cero puede ser un resultado hermoso. O al menos, cierta clase de dos a cero.

Permítaseme exponer el caso: supongamos uno de esos partidos chivos, trabados, difíciles, en los que el equipo propio va ganando uno a cero poco menos que por milagro. Uno lo observa, preferentemente en la cancha (puede ser por televisión, o escuchándolo por radio, pero digamos mejor que está viéndolo en la cancha). En verdad tal vez más que mirarlo lo espía con los ojos semicerrados, porque teme que si los abre del todo quede condenado a ver el gol de empate de ellos, la pucha digo. La pelota pega hasta en los ganchos de la red, pero no entra. Uno se convierte en un ser lloriqueante y lastimoso. Por fuera no, porque seguro que hay alguien adelante y

tampoco es cuestión de perder un prestigio bien ganado de futbolero curtido. Uno no puede hincarse de rodillas para rogarle al Altísimo que los fulmine a ellos con un rayo, o que les ponga alas a los nuestros, o que se suspenda el partido por terremoto, mientras moquea con voz adolorida. Pero por dentro uno hace promesas. Prometer ser más bueno. Promete enojarse menos con el prójimo. Ser buen padre y buen hijo y buen esposo. Promete disfrutar de la vida y de las pequeñas alegrías, pero empezando por ésta, Dios, por lo que más quieras, que no nos empaten.

¿Comprende el lector el contexto sugerido? Bien. Continuemos. Supongamos que faltan dos o tres minutos. Ni cinco ni uno, que quede claro. Faltan dos o tres. Y nuestro equipo recupera la pelota, luego de veinticinco minutos de verla pasar como si fuera un meteorito en llamas. Y, cosa extraña en los matungos que tienen el privilegio de vestir esa camiseta (que uno se pondría no ya digamos gratis, sino pagando encima), salen con pelota dominada. Asombrado, uno nota que parecen, súbitamente, haber recordado que el otro equipo también tiene un arco, porque se dirigen hacia él a velocidad respetable. Coronemos nuestra hipótesis imaginando que, en un alarde de maestría, nuestros jugadores logran organizar lo que técnicamente se denomina “contraataque” por primera vez en una década. Y la embocan. Supongamos que sí, que la embocan. Naturalmente uno saltará, gritará hasta quedarse sin voz, se abrazará a todo lo que se mueva a su alrededor.

Y cuando por fin uno se siente, cuando vuelvan los otros a sacar desde el mediocampo, cuando intente recuperar el aliento, empezará a existir, a palpitar, a ser, el dos a cero. Faltan dos minutos, no lo olvide el lector. De modo que uno no va a preocuparse porque el nueve de ellos se acerque al área. “Déjenlo, déjenlo que pruebe”, pensará, generoso. Ni se preocupará de que el árbitro cobre lateral para ellos aunque se haya visto desde Kenya que la pelota pegó última en el delantero. Uno lo perdonará, dulce, tal vez risueño, porque *errare humanum est*, y pobre otario no sabe lo que hace, por eso es árbitro. Uno alzará los ojos hacia la tribuna rival, verá a los hinchas y los considerará con respeto. Esos, que hasta

hace cinco minutos recibían de uno sólo feroces insultos, horrendas imprecaciones, sórdidos desafíos, burdas amenazas, se le antojarán ahora dignos varones, meritorios adversarios, altivos escuderos de otra fe tan meritoria y digna como la propia.

Y así, mientras la pelota deambule por el mediocampo, mientras el técnico de los nuestros se ponga de pie sacando pecho, mientras los contrarios se afanen por apresurar un tiro libre inofensivo, uno se va a estirar en el asiento, va a suspirar, va a sonreír al aire, gratuitamente, nomás, y va a experimentar la sensación mórbida de que está hecho. El pasado en el que uno sufría comiéndose las uñas ya no existe. El futuro, ese futuro en el que el referí va a terminar el partido, no lo necesita, no le hace falta. ¿Hay algo tan lindo en la vida como no necesitar nada más que lo que ya se tiene?

No sé cuántas oportunidades le ofrece a uno la vida para sentirse totalmente tranquilo, absolutamente feliz, completamente seguro, inquebrantablemente a salvo, como en los brazos de su vieja, o de la mano de su viejo. Yo conozco esa.

ORACIÓN CON PROYECTO DE PARAÍSO



Querido Dios:

A veces se me da por pensar cómo será el Paraíso. Ya sé, Dios, ya sé que no va cualquiera, ya lo sé. Pero pongamos que uno se ha portado más bien que mal. Y que finalmente la cosa tiene premio.

¿Qué pusiste vos del otro lado? ¿Cómo será el asunto? ¿Será un único Cielo para todos? ¿Andaremos todos juntos, encontrándonos

y despidiéndonos después? ¿O será más bien algo hecho como a medida, una especie de Cielo personal, para que uno vaya y le ponga lo que más le gusta, como cuando uno es chico y tu vieja te pregunta de qué querés la torta de cumpleaños? O a lo mejor son las dos cosas: en la calle te encontrás con todos, y tu casa la armás a tu gusto.

Vaya uno a saber. Pero por si acaso, y supongamos que uno pueda hacer peticiones, yo ya tengo dos preparadas. Las tengo de memoria, por si acaso en el momento de rendirte cuentas me trabuco y se me piantan.

Primero: no quiero que transmitan los partidos. Te lo pido por favor. Nada de estar comiéndome los codos con la campaña de Almirante. Ya me banqué bastantes amarguras acá abajo, la pucha. Aparte, mirá si pasa algún delegado tuyo y me manyan puteando al lineman o al perro ese que acaba de errar un gol hecho. Y después se me arma un lío de novela con vos, y yo qué sé, ponele que me rajan.

Y lo otro es que haya una cancha. Una cancha posta, ¿sabés? Con el pastito bien verde y parejito. Capaz que ahí nadie juega. Capaz que andan todos en otra, cantando, tocando el arpa, vos debés saber. Aunque no haya con quién juntarse a patear, a mí no me importa. Pero que la cancha esté. Y que haya un balón, claro. Porque si voy al Cielo quiero hacer lo que más me gusta en la vida. Y otra cosa: que en la cancha llueva, porque con lluvia es más lindo. ¿Te imaginás? El trotecito corto. El agua resbalándome por la jeta. El olor al pasto mojado. La bola cortita y al pie. ¿Qué más se te puede pedir, decime?

No te pido más nada, Dios. Lo demás que sea como vos dispongas. Pero por favor, en serio, por favor: que la cancha esté.



Eduardo Sacheri

Notable narrador nacido en Buenos Aires en 1967. Con gran experiencia en relatos futbolísticos integrados por personajes genuinamente argentinos, Sacheri apela a la función emotiva del lenguaje, que se traduce en un discurso que toma los signos propios del barrio. Obtuvo el Primer Premio del concurso "Vivalectura 2008", Concurso Nacional de experiencias de promoción de la lectura con el trabajo "*Los adolescentes y la lectura. Una alternativa premoderna para un problema posmoderno*", a partir de su experiencia como profesor en la E.G.B. 56, de Pontevedra (Partido de Merlo, Provincia de Buenos Aires) organizado por la OEI, junto con el Ministerio de Educación de la Nación y la Fundación Santillana.

Su novela *La pregunta de sus ojos* fue adaptada al cine por Juan José Campanella bajo el título *El secreto de sus ojos*.

¿Querés leer más de este autor?

Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol. Te conozco Mendizábal y otros cuentos. Lo raro empezó después. La pregunta de sus ojos (novela). *Un viejo que se pone de pie y otros cuentos*.

¿Querés saber más sobre este autor?

Escribible a esacheri@hotmail.com

www.galernalibros.com

www.leer.org.ar



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

PLAN LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA

cfe

Consejo Federal
de Educación